Robert Graves
Raphael Patai

Los mitos hebreos

Traducción de Javier Sánchez García-Gutiérrez

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Hebrew Myths. The Book of Genesis*

Primera edición: 1985
Tercera edición: 2015
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Hugo van der Goes: *El pecado original* (detalle). Kunsthistorisches Museum, Viena
© Index-Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © by The Trustees of the Robert Graves Copyright Trust and Daphne Patai
© de la traducción: Javier Sánchez García-Gutiérrez, 2010
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1985, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-9732-1
Depósito legal: M. 210-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11 Introducción, por Robert Graves y Raphael Patai

27 1. La Creación según el Génesis
39 2. La Creación según otros textos bíblicos
47 3. Cosmología mítica
55 4. Glosas sobre el relato de la Creación
62 5. Creaciones anteriores
63 6. Descripción de los monstruos primitivos
75 7. El *reem* y el *ziz*
79 8. La caída de Lucifer
83 9. El nacimiento de Adán
91 10. Compañeras de Adán
99 11. El Paraíso
107 12. La caída del hombre
117 13. La rebelión de Samael
121 14. Los nacimientos de Caín y Abel
127 15. El acto de amor
128 16. El fratricidio
138 17. El nacimiento de Set
141 18. Los hijos de Dios y las hijas de los hombres
152 19. El nacimiento de Noé
156 20. El Diluvio
170 21. La embriaguez de Noé
175 Mapa I. El mundo del Génesis
176 22. La Torre de Babel

184 23. Ascendencia de Abraham
186 Mapa II. El mundo de Abraham
189 24. Nacimiento de Abraham
198 25. Abraham y los ídolos
202 26. Abraham en Egipto
206 27. La liberación de Lot por Abraham
215 28. Los cadáveres de animales partidos
220 29. Ismael
228 30. Abraham en Guerar
230 31. Nacimiento de Isaac
235 32. Lot en Sodoma
242 33. Lot en Soar
245 34. El sacrificio de Isaac
255 35. Abraham y Queturá
258 36. Casamiento de Isaac
266 37. Isaac en Guerar
268 38. Los nacimientos de Esaú y Jacob
272 39. Muerte de Abraham
275 40. El trueque de la primogenitura
280 41. La bendición robada
286 42. Casamientos de Esaú
290 43. Jacob en Betel
296 44. Casamientos de Jacob
304 45. Nacimiento de los doce patriarcas
313 46. Regreso de Jacob a Canaán
320 47. Jacob en Penuel
328 48. Reconciliación de Jacob y Esaú
334 49. El rapto de Dina
338 Mapa III. Palestina en tiempos de los Jueces
343 50. Rubén y Bilhá
346 51. Judá y Tamar

351 52. Muerte de Isaac, Lía y Esaú
353 53. José en el pozo
360 54. José y Zuleika
365 55. José en prisión
367 56. José se convierte en virrey
373 57. El hambre
379 58. El regreso de los hermanos
383 59. Jacob en Egipto
388 60. Muerte de Jacob
394 61. Muerte de José

397 Abreviaturas, fuentes y bibliografía comentada

419 Índice onomástico

Introducción

Los mitos son relatos dramáticos que forman una carta constitucional sagrada por la que se autoriza la continuidad de instituciones, costumbres, creencias y ritos antiguos, allí donde son comunes, o se aprueban sus modificaciones. La palabra *mito* es griega, la mitología es un concepto griego y su estudio se basa en ejemplos griegos. Los intérpretes literales de la Escritura que niegan que la Biblia contenga mito alguno están, en cierto sentido, justificados. La mayoría de los mitos tratan de dioses y diosas que intervienen en asuntos humanos, cada uno favoreciendo a héroes rivales, mientras que la Biblia sólo reconoce un único Dios universal.

Todos los documentos sagrados anteriores a la Biblia escritos en hebreo se han perdido o han sido suprimidos de manera deliberada. Entre ellos figuraban el *Libro de las Guerras de Yahveh* y el *Libro del Justo,* relatos épicos sobre la marcha de los israelitas por el desierto y su invasión de Canaán. A partir de los breves fragmentos citados en Números 21, 14, Josué 10, 13 y 2 Samuel 1, 18 se puede com-

probar que esos libros estaban escritos en el antiguo estilo poético hebreo. Un tercer libro, compilado, según se cree, en siete partes por orden de Josué, describía Canaán y sus ciudades (Josué 18, 9). El *Libro de la Descendencia de Adán* (Génesis 5, 1) propone un relato detallado de las diez primeras generaciones, desde Adán hasta Noé. El *Libro de Yahveh* (Isaías 34, 16) parece haber sido un bestiario mitológico. Algunos otros libros perdidos mencionados en la Biblia, como los *Hechos de Salomón,* el *Libro de la Genealogía,* las *Crónicas de los reyes de Judá, de los reyes de Israel, de los hijos de Leví,* debían de contener numerosas referencias míticas.

Los documentos sagrados posteriores a la Biblia abundan. Durante los mil años transcurridos tras la primera sanción de la Biblia como obra canónica, los judíos de Europa, Asia y África escribieron de manera prolífica. Esos escritos eran ora intentos por explicar la ley mosaica, ora comentarios históricos, moralistas, anecdóticos y homiléticos sobre pasajes bíblicos. En ambos casos, los autores incluyeron abundante material mítico, pues el mito siempre ha servido para validar, de modo claro y conciso, leyes enigmáticas, ritos y costumbres sociales.

Ahora bien, aunque los libros canónicos se consideraban escritos por inspiración divina y, por tanto, había que eliminar de ellos el menor indicio de politeísmo, los libros apócrifos fueron tratados con más indulgencia. Asimismo, se permitió que muchos de los mitos suprimidos reaparecieran en el contexto indiscutiblemente ortodoxo de los midrasim posbíblicos. En el Éxodo, por ejemplo, leemos que los caballos y los carros con los guerreros del faraón persiguieron a los Hijos de Israel entrando tras ellos en medio del mar (Éxodo 14, 23). Según un midrás (Mekhilta diR.

Shimon 51, 54; Mid. Wayosha 52), Dios adoptó la forma de una yegua y atrajo a los encelados sementales egipcios hasta el agua. Si la diosa Deméter, con cabeza de yegua, hubiera sido descrita hundiendo en el río Alfeo los carros de los guerreros del rey Pélope mediante tal artimaña, éste habría sido un mito griego aceptable; pero para el piadoso lector del midrás no era más que una metáfora fantástica de los extremos a los que Dios podía llegar para proteger a su Pueblo Elegido.

La propia Biblia sólo nos ofrece breves muestras de sus riquezas mitológicas perdidas. Con frecuencia la alusión es tan concisa que pasa inadvertida. Pocos de quienes leen, por ejemplo, «Después de él vino Šamgar, hijo de Anat. Derrotó a los filisteos, que eran seiscientos hombres, con una aguijada de bueyes; él también salvó a Israel» (Jueces 3, 31) relacionan a la madre de Šamgar con la sanguinaria diosa del Amor ugarítica, la doncella Anat, en cuyo honor la ciudad sacerdotal de Jeremías recibió el nombre de Anatot. El mito de Šamgar es irrecuperable, aunque el protagonista debió de heredar el ánimo guerrero de su madre virgen; y la aguijada de bueyes con la que derrotó a los filisteos fue sin duda un obsequio del padre de Anat, el dios-toro El.

El Génesis, no obstante, contiene fragmentos de relatos acerca de dioses y diosas antiguos –disfrazados de hombres, mujeres, ángeles, monstruos o demonios–. Eva, descrita en el Génesis como mujer de Adán, es identificada por algunos historiadores con la diosa Heba, esposa de un dios hitita de la tempestad, que cabalgó desnuda a lomos de un león y, entre los griegos, se convirtió en la diosa Hebe, la esposa de Heracles (véase 10.*10).* Un príncipe de Jerusalén del período de Tell-el-Amarna (siglo XIV a.C.) se llamó a sí mismo Abdu-Heba, 'siervo de Eva' (véase 27.*6).* Lilit, pre-

decesora de Eva, ha sido excluida por completo de la Sagrada Escritura, aunque Isaías la recuerda como habitante de unas ruinas desoladas (véase 10.*5).* A juzgar por los relatos midrásicos sobre su promiscuidad sexual, parece haber sido una diosa de la fertilidad, y aparece como Lillake en un texto religioso sumerio, *Gilgamesh y el sauce* (véase 10.*3-6).*

Existen referencias prebíblicas al ángel Samael, *alias* 'Satán'. Aparece por primera vez en la historia como el dios patrono de Samal, un pequeño reino hitita-arameo situado al este de Jarán (véase 13.*1).* Otro dios desaparecido del mito hebreo es Ráhab, Príncipe del Mar, que desafió sin éxito a Jehová ('Yahveh'), Dios de Israel, del mismo modo que el dios griego Posidón desafió a su hermano, Zeus Omnipotente. Según Isaías, Jehová dio muerte a Ráhab con una espada (véase 6.*a).* Una deidad ugarítica venerada como Baal-Zebub, o Zebul, fue consultada por el Rey Ocozías en Ecrón (2 Reyes 1, 2 ss.), y siglos después los galileos acusaron a Jesús de tener tratos con ese «Príncipe de los Demonios».

Siete divinidades planetarias, tomadas de Babilonia y Egipto, son conmemoradas en los siete brazos de la Menorá o candelabro sagrado (véase 1.*6).* Las siete fueron combinadas en una sola deidad trascendental en Jerusalén, del mismo modo que entre los heliopolitanos, los biblianos, los druidas galos y los iberos de Tortosa. Alusiones despreciativas a dioses de tribus enemigas humillados por Jehová aparecen en todos los libros históricos de la Biblia, como el filisteo Dagón, Kemóš de Moab y Milkom de Ammón. Sabemos por Filón de Biblos que Dagón era un poder planetario. Pero el Dios del Génesis, en los primeros pasajes, es todavía indistinguible de cualquier pequeña deidad tribal (véase 28.*1).*

Los dioses y las diosas griegos podían desempeñar papeles divertidos o dramáticos mientras intrigaban en beneficio de sus héroes preferidos, porque los mitos surgieron en ciudades-estado diferentes que fluctuaban entre la amistad y la enemistad. Pero entre los hebreos, tras la destrucción del Reino del Norte por los asirios, los mitos se hicieron monolíticos y se concentraron en Jerusalén casi de manera exclusiva.

En el mito bíblico los héroes a veces representan reyes, a veces dinastías y a veces tribus. Los doce «hijos» de Jacob, por ejemplo, parecen haber sido en un tiempo tribus independientes que se agruparon para formar la anfictionía o federación israelita. Sus dioses locales y sus poblaciones no eran necesariamente de raza aramea, aunque las gobernaba un sacerdocio arameo. Solamente José puede ser identificado, en parte, con un personaje histórico. El hecho de que cada uno de esos «hijos», excepto José, se casara, según se dice, con una hermana gemela (véase 45.*f),* sugiere que las tierras se heredaban a través de la madre aunque el gobierno fuera patriarcal. A Dina, la única hija de Jacob nacida sin hermana gemela, hay que entenderla como una tribu semimatriarcal incluida en la confederación de Israel. El relato del Génesis sobre su rapto por Siquem y el midrás sobre su inmediato casamiento con Simeón deben interpretarse en un sentido político y no personal (véase 29.*1-3).*

En el Génesis aparecen otros indicios de una antigua cultura matriarcal. Por ejemplo, el derecho de una madre a dar nombre a sus hijos, ejercido todavía entre los árabes, y el matrimonio matrilocal, en el que la pareja vive con la familia de la mujer: «Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer» (Génesis 2, 24). Esta costumbre palestina está confirmada por el relato de la unión de San-

són y Dalila en el libro de los Jueces; y explica por qué Abraham, el patriarca arameo que entró en Palestina con las hordas de los hicsos a comienzos del segundo milenio antes de Cristo, ordenó a su siervo Eliezer que tomara una mujer para Isaac de la casa de sus parientes paternos en Jarán en vez de dejar que se casara con una mujer cananea y fuera adoptado en su clan. Abraham ya había despedido a los hijos que le habían dado sus concubinas para que no heredaran juntamente con Isaac (véase 35.*b*). Este tipo de matrimonio también es la norma en el mito griego primitivo: un mitógrafo señala que el primero que rompió esa tradición fue Odiseo, que llevó a Penélope de Esparta a Ítaca; y añade que ella regresó a Esparta tras su divorcio.

Se puede ver cuán poderosas eran las diosas durante la monarquía judía a partir de la condena que Jeremías hace de sus correligionarios, que atribuían la caída de Judá a su falta de fidelidad a Anat y exclamaban: «¡Adoremos una vez más a la Reina de los Cielos, como hicieron nuestros padres antes de nosotros!».

Todo gobernante que reforma las instituciones nacionales o, como el rey Josías, se ve obligado a aceptar reformas debe redactar un codicilo para la antigua constitución religiosa o crear una nueva; y ello implica una manipulación o total reelaboración de los mitos. Era evidente que si Judea, un pequeño estado colchón entre Egipto y Asiria, quería mantener su independencia política, había que inculcar al pueblo una disciplina religiosa más severa y adiestrarle en el manejo de las armas. Hasta entonces, la mayoría de los israelitas habían abrazado el tolerante culto cananeo en el que las diosas desempeñaban el papel principal y los reyes eran sus consortes. Eso estaba muy bien en tiempos de paz, mas no servía para fortalecer la resistencia de los judíos

frente a los ejércitos invasores de Egipto y Asiria. Una minoría israelita, pequeña pero fuerte, era liderada por el gremio de los profetas, cuyos miembros acostumbraban a vestirse como pastores y vaqueros en honor de su bucólico Dios. Esos profetas se dieron cuenta de que la única esperanza de independencia nacional para Israel se encontraba en un monoteísmo autoritario y protestaban incesantemente contra el culto a las diosas en los bosquecillos sagrados cananeos. El libro del Deuteronomio, publicado en tiempos del rey Josías, prohíbe numerosos ritos cananeos, entre ellos la prostitución y la sodomía rituales y todas las formas de idolatría. La subsiguiente transmisión de la corona de David hizo que todos los exilados babilónicos llegaran a compartir esa opinión. Cuando Zorobabel reconstruyó el templo de Yahveh, éste ya no tuvo ningún competidor. Para los naturales de Judea que regresaban del destierro, Baal, Astarté, Anat y el resto de las viejas deidades cananeas habían muerto. El Génesis –relacionado con el repertorio de mitos griegos, fenicios, hititas, ugaríticos y sumerios, entre otros, de manera mucho más estrecha de lo que la mayoría de los judíos y cristianos piadosos están dispuestos a admitir– fue revisado y vuelto a revisar a partir de entonces, desde quizá el siglo VI a.C. en adelante, con fines moralistas. El mito de Cam fue, en un tiempo, idéntico al de la conspiración llevada a cabo contra el desvergonzado dios Crono por parte de sus hijos Zeus, Posidón y Hades: Zeus, el más joven, fue el único que se atrevió a castrarle y, en consecuencia, se convirtió en Rey del Cielo. Pero la castración de Noé por Cam (o Canaán) ha sido suprimida del Génesis precisamente antes de esta línea: «Cuando despertó Noé de su embriaguez supo lo que había hecho con él su hijo menor». La versión revisada, una lección moral sobre el respeto filial,

condena a Cam a ser siervo perpetuo de sus hermanos mayores sólo por el delito de haber visto la desnudez de su padre (véase 21.*1-4).*

Pero los correctores bíblicos no se habían cuidado de expurgar toda mención favorable al sacrificio humano (véase 47.*11)* y al culto idólatra de los terafim (véase 46.*2).* La fiesta de los tabernáculos, una celebración cananea de la vendimia, no podía ser suprimida sino sólo purgada de su desenfreno sexual y transformada en el culto festivo a un Dios Supremo, asociándola al uso de tiendas de campaña por los israelitas en el desierto; aun así, la ligereza de las mujeres devotas siguió preocupando a los sabios fariseos. De modo semejante, la fiesta cananea del pan ázimo fue convertida en una conmemoración del éxodo israelita desde Egipto.

Uno de los temas esenciales del mito griego es la degradación progresiva de las mujeres, que de seres sagrados pasan a convertirse en bienes personales. De un modo similar, Jehová castiga a Eva por haber causado la Caída del Hombre. Para disfrazar aún más la esencia divina original de Eva –su título de «madre de todos los vivientes» pervive en el Génesis–, los mitógrafos la describieron como formada a partir de una costilla de Adán, una anécdota basada, al parecer, en la palabra *tsela,* que significa 'costilla' y 'tropiezo'. Mitógrafos posteriores insistieron en que había sido formada a partir del rabo con púas de Adán... (véase 10.*9).* Los griegos también hicieron a la mujer responsable de la infeliz suerte del hombre, adoptando la fábula de Hesíodo sobre la caja de Pandora, de la que la atolondrada esposa de un Titán dejó escapar los males combinados de la enfermedad, la vejez y el vicio. Hay que observar que «Pandora» –'todos los dones'– fue en un tiempo un título de la Creadora.

Los mitos griegos explican maldiciones y tabúes todavía en vigor después de mil años; y el infierno griego contenía ejemplos de advertencia sobre delincuentes castigados por haber comido alimentos prohibidos (Tántalo), dado muerte a sus maridos (las Danaides) o tratado de seducir a una diosa (Pirítoo). Pero los griegos nunca glosaron sus mitos con comentarios afectadamente religiosos como el que señala que el intento de sacrificar a Isaac por parte de Abraham tuvo lugar el primer día del mes de Tišrí, cuando todo Israel hace sonar un cuerno de carnero para recordar la piedad del Dios de Abraham e implorar el perdón de sus pecados. O el que indica que el sacrificio del chivo en la fiesta de la Expiación conmemora el engaño de Jacob por los patriarcas cuando salpicaron la túnica de manga larga de José (o «manto de muchos colores») con la sangre de un cabrito (véase 53.*3).* Aunque el mito de Isaac tiene su paralelo en el relato griego de la tentativa de Atamante de sacrificar su hijo Frixo a Zeus –sacrificio interrumpido por la llegada de Heracles y la aparición divina de un carnero–, la ocasión sólo se recordaba porque el carnero proporcionó el Vellocino de Oro en busca del cual partirían, con el tiempo, los argonautas de Jasón. El Génesis lo presenta como el episodio fundamental de la historia hebrea (véase 34.*9).*

Los mitos griegos tampoco fueron utilizados como textos para la proclama política. La narración del maltrato de Esaú por Jacob fue completada con posterioridad por la profecía de que un día partiría el yugo de Jacob de sobre su cerviz –un elemento añadido claramente para justificar una rebelión edomita contra Judea durante el reinado de Joram (véase 40.*3*)–. Este texto adquirió un nuevo significado cuando los invasores romanos coronaron a Herodes el Malvado, un edomita, rey de los judíos: Edom se convirtió en-

tonces en un sinónimo de «Roma» y los fariseos aconsejaron a los judíos que no se levantaran en armas y expiaran el maltrato de Esaú por parte de su antepasado con paciencia y tolerancia (véase 40.*4)*. Se atribuía a los héroes israelitas una presciencia histórica completa e incluso un conocimiento previo de la ley mosaica; y se entiende que quien realiza un acto solemne en las Escrituras determina, por medio de él, el destino de sus descendientes para toda la eternidad. Así, cuando Jacob prepara su encuentro con Esaú y reparte sus gentes y su ganado en tres manadas, enviando regalos con cada una y dejando espacio entre ellas, está advirtiendo a sus descendientes que siempre deben guardarse prudentemente contra lo peor. Según el midrás, Jacob oró: «Señor, cuando las aflicciones desciendan sobre mis hijos, te ruego que dejes un espacio entre ellas como he hecho yo» (véase 47.*2)*. Y los *Testamentos de los Doce Patriarcas* (apócrifos) atribuyen a éstos un conocimiento preciso de la historia posterior.

El mito de Jacob ilustra otra diferencia entre las actitudes religiosas griegas y hebreas. Jacob roba a su pariente rebaños de ovejas y reses alterando su color; el héroe griego Autólico hace lo mismo. Y estos dos mitos parecen proceder de la misma fuente palestina. Autólico es un ladrón astuto y nada más; pero como Jacob, con el nuevo nombre de Israel, debía convertirse en el virtuoso antepasado de todos los judíos, su engaño ha sido justificado sobre la base de que Labán le había engañado dos veces. Y en lugar de aplicar una magia vulgar sobre animales que pertenecen a otros, como hace Autólico, Jacob condiciona su color y determina su propiedad mediante una estudiada utilización de las influencias prenatales. La lección es que los judíos pueden defenderse contra sus opresores sólo a través de medios legítimos (véase 46.*1)*.

De las hazañas de los héroes griegos no se extraían conclusiones morales, a menos que fuera una advertencia contra la veleidad de la fortuna. Mientras que la destrucción de Troya sólo acarreó mala suerte a todos los líderes griegos importantes –y algunos guerreros célebres de una generación anterior, como Teseo y Belerofontes, tuvieron como destino un fin miserable, víctimas de una némesis divina–, Abraham, Isaac, Jacob y José murieron cumplidos sus años y se reunieron honorablemente con sus antepasados. Este contraste se acentúa cuando recordamos que el relato de José y Zuleika, la esposa de Putifar, es idéntico al de Belerofontes y su madrastra Antea (véase 54.*1).* Los principales profetas hebreos fueron igualmente afortunados: Henoc y Elías ascendieron directamente al Cielo; pero el adivino griego Tiresias previó el terrible destino de Tebas y murió mientras huía de manera innoble. Y aunque Moisés, que salvó a su pueblo de la Esfinge egipcia –es decir, del poder del faraón–, tuvo que expiar una falta particular en el monte Pisgah, fue llorado con honores por todo Israel y enterrado por el propio Dios; en contraste, Edipo, que salvó a su pueblo de la Esfinge tebana y cuyo nacimiento se asemejaba mucho al de Moisés, murió en el infeliz destierro perseguido por las Furias del Derecho Materno.

La diferencia principal entre los mitos griegos y hebreos –aparte de ese evidente contraste en cuanto a la recompensa de la virtud– consiste en que los griegos eran regios y aristocráticos, lo que explica la existencia de ciertas instituciones religiosas en determinadas ciudades-estado, presididas por sacerdotes que pretendían descender de los dioses o héroes correspondientes. Sólo el héroe, o sus descendientes, podían esperar una existencia posterior agradable en las Islas Afortunadas o los Campos Elíseos. Las almas de los

esclavos y extranjeros, por muy ejemplares que hubieran sido sus vidas, estaban condenadas a un Tártaro lúgubre por el que volaban a ciegas agitándose como murciélagos. Entre los judíos de la sinagoga, por el contrario, todos los que obedecieran la ley mosaica, cualquiera que fuese su nacimiento o posición social, podrían gozar de un Reino Celestial que surgiría de las cenizas del mundo actual. Los griegos nunca dieron un paso tan democrático: aunque excluían de los Misterios (garantía del Paraíso para los iniciados) a todas las personas con antecedentes criminales, la admisión quedaba limitada a quienes nacían libres.

Los mitos griegos son cartas constitucionales que permitían a ciertos clanes –descendientes de Perseo, Pélope, Cadmo o cualquier otro– gobernar determinados territorios siempre que aplacasen a los dioses locales con sacrificios, danzas y procesiones. La celebración anual de tales ritos reforzaba su autoridad. Los mitos hebreos son principalmente cartas constitucionales de índole nacional: el mito de Abraham para confirmar la posesión de Canaán y el matrimonio patrilocal, el mito de Jacob para sancionar la posición de Israel como pueblo elegido y el mito de Cam para legitimar la propiedad de esclavos cananeos. Otros mitos sostienen la santidad suprema del monte Sión frente a los santuarios rivales de Hebrón y Siquem (véanse 27.*6* y 43.*2*). Algunos posteriores se escribieron para resolver serios problemas teológicos como el origen del mal en el hombre, cuyo antecesor –Adán– fue creado por Dios a Su propia imagen y animado por Su propio espíritu. Adán anduvo errante por la ignorancia, Caín pecó deliberadamente y un mito tardío le convierte por ello en un bastardo engendrado por Satán y Eva (véase 14.*a*).

En los mitos griegos a veces no se tiene en cuenta el elemento temporal. Así, algunos decían que la reina Helena,

que conservó su belleza durante los diez años del sitio de Troya y los diez años siguientes, había dado una hija al rey Teseo una generación antes de que el asedio comenzara. Pero como los dos relatos no son contados por el mismo autor, los eruditos griegos podían suponer que hubo dos reinas llamadas Helena o que uno de los mitógrafos se había equivocado. En los mitos bíblicos, sin embargo, Sara se conserva irresistiblemente bella después de haber cumplido noventa años, concibe, da a luz a Isaac y amamanta a todos los hijos de sus vecinos igual que a él. Los patriarcas, los héroes y los primeros reyes viven cerca de mil años. El gigante Og sobrevive al diluvio de Noé, tiene una vida más larga que Abraham y es destruido finalmente por Moisés. El tiempo se condensa. Adán ve a todas las futuras generaciones de la humanidad colgando de su cuerpo gigantesco; Isaac estudia la ley mosaica (revelada diez generaciones más tarde) en la academia de Sem, que vivió diez generaciones antes que él. En realidad, al héroe del mito hebreo no sólo le influyen de manera decisiva los hechos, las palabras y los pensamientos de sus antepasados y es consciente de su propia influencia en el destino de sus descendientes; el comportamiento de éstos también le influye, y él influye a su vez en el de sus ascendientes. Así, el rey Jeroboam erigió un becerro de oro en Dan, y ese acto pecaminoso socavó las fuerzas de Abraham cuando éste persiguió a sus enemigos hasta esa misma región mil años antes.

Durante la Edad Media se siguieron haciendo caprichosas ampliaciones rabínicas de los relatos del Génesis; se trataba de respuestas a preguntas realizadas por estudiantes inteligentes, por ejemplo: «¿Cómo fue iluminada el Arca? ¿Cómo se alimentaba a los animales? ¿Había un fénix a bordo?» (véase 20.*i-j*).

Los mitos griegos no muestran ningún sentido del destino nacional, ni tampoco los mitos romanos hasta que los sagaces propagandistas de la época de Augusto –Virgilio, Tito Livio y los demás– lo introdujeron. El profesor Hadas de la Universidad de Columbia señala estrechas correspondencias entre la *Eneida* y el Éxodo –la marcha de los refugiados hacia la Tierra Prometida dirigida por Dios– y saca la conclusión de que Virgilio se inspiró en los judíos. Es posible asimismo que las anécdotas morales de la Antigua Roma relatadas por Tito Livio, cuyo tono no es nada mítico, fueran influidas por la sinagoga. Evidentemente, la moral romana difería por completo de la judía: Tito Livio colocaba el altruismo denodado por encima de la verdad y la misericordia, y los ignominiosos habitantes del Olimpo siguieron siendo los dioses oficiales de Roma. Éstos no fueron desterrados hasta que los mitos hebreos, adoptados por los cristianos, ofrecieron al pueblo sometido el mismo derecho a la salvación. Es verdad que algunos de esos dioses regresaron al poder disfrazados de santos y perpetuaron sus ritos en forma de festividades de la Iglesia; pero el principio aristocrático había sido derrocado. También es cierto que los mitos griegos se siguieron estudiando, pues la Iglesia se hizo cargo de las escuelas y universidades que exigían la lectura de los clásicos; y los nombres de las constelaciones que ilustraban esos mitos estaban demasiado arraigados para poder ser alterados. A pesar de todo, el mito hebreo monoteísta y patriarcal había establecido firmemente los principios éticos de la vida occidental.

Nuestra colaboración ha sido fructífera. Aunque el mayor de nosotros fue educado como protestante estricto y el más joven como judío riguroso, nunca discrepamos en ninguna

cuestión de hecho o de valoración histórica; y cada uno se ha sometido a los conocimientos del otro en diferentes campos. Un problema importante ha sido determinar la cantidad de referencias eruditas que se podían incluir sin aburrir al lector culto no especializado. Este libro podría haber alcanzado fácilmente el doble de su extensión actual si hubiéramos incluido material seudomítico reciente –que puede ser tan tedioso como las *Guerras de los hijos de la Luz y los hijos de la Oscuridad,* encontrado entre los manuscritos del mar Muerto– y citas de comentarios eruditos sobre aspectos menores controvertidos. Queremos expresar nuestra gratitud a Abraham Berger y Francis Paar de la Biblioteca Pública de Nueva York por su asesoramiento bibliográfico y a Kenneth Gay por la ayuda prestada en la preparación del libro para la imprenta. Aunque su autoría es dual, *Los mitos hebreos* sirve de volumen compañero de *Los mitos griegos* (Graves)*, pues su material está organizado de manera similar.

R. G. y R. P.

* Alianza Editorial, 2011 (en dos volúmenes).